

Stavroguin¹

Nikolái Berdiáiev

La representación teatral de *Los demonios* en el Teatro de Arte nos hace volver a uno de los personajes más enigmáticos no solo de Dostoievski, sino también de la literatura universal. Es asombroso el trato que el propio Dostoievski da a Nikolái Vsiévolodovich Stavroguin. Está románticamente enamorado de él, cautivado y seducido por su persona. Nunca había estado tan enamorado de nadie; a nadie había caracterizado de un modo tan romántico. Nikolái Stavroguin es la debilidad, la fascinación, el pecado de Dostoievski. A otros los pregonaba como ideas; a Stavroguin lo conoce como mal y destrucción. Sin embargo, lo ama y no se lo entregará a nadie, no lo cederá a ninguna moral, a ninguna prédica religiosa. Nikolái Stavroguin es bello, aristócrata, orgulloso, desmesuradamente fuerte, un «Iván Zarévich», un «príncipe Harry», un «Halcón»; todos esperan de él algo grande y extraordinario; todas las mujeres están enamoradas de él; su rostro es una máscara hermosa; todo él es un misterio y un enigma; todo su ser está compuesto por contradicciones extremas; todo gira alrededor de él, como si fuera un sol. Pero ese mismo Stavroguin es un hombre apagado, muerto, sin fuerza para vivir y crear, cabalmente impotente en sus sentimientos, incapaz de desear con suficiente fuerza, de elegir entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, de amar a una mujer, indiferente a todas las ideas, hastiado y agotado hasta la muerte de todo lo humano, entregado a una gran depravación, aprensivo a todo, casi incapaz de hablar articuladamente. Bajo la bella, fría y rígida máscara del rostro de Stavroguin están enterradas pasiones apagadas, fuerzas agotadas, grandes ideas, anhelos humanos desmedidos e irrefrenables. En *Los demonios* no se dilucida de manera clara y directa el misterio de Stavroguin. Para hacerlo hay que internarse más allá de la propia novela en aquello que precede a la acción que la inicia. También el misterio de la individualidad de Stavroguin solo puede dilucidarse por medio del amor, como el de cualquier otra individualidad. Comprender a Stavroguin y *Los demonios* como una tragedia simbólica solo es posible mediante la creación de mitos, mediante la revelación intuitiva del mito de Stavroguin como fenómeno universal. Si solo

¹ Publicado por primera vez en *Pensamiento Ruso* (*Русская мысль*), 1914, libro V, págs. 80-89.

extraemos una moraleja religiosa sobre el cadáver de Stavroguin, no dilucidaremos nada en él. No se puede responder con catequesis a la tragedia de los personajes de Dostoievski, a la tragedia de Raskólnikov, de Mishkin, de Stavroguin, de Versílov, de Iván Karamázov. Eso rebaja la grandeza de Dostoievski, niega todo lo verdaderamente nuevo y original que hay en él. ¡Todas las doctrinas positivas y los programas de *Diario de un escritor* son tan lamentables y chatos en comparación con lo que nos revelan sus tragedias! Dostoievski testimonia el sentido positivo de pasar a través del mal, a través de pruebas insondables y de la libertad extrema. Mediante la experiencia de Stavroguin, Iván Karamázov y otros se revelará algo nuevo. La propia experiencia del mal es un camino, y la muerte en ese camino no es una muerte eterna. Después de su tragedia, Stavroguin no tiene vuelta atrás, hacia lo que ha ido abandonando en los caminos de su vida y de su muerte.

La acción en *Los demonios* comienza después de la muerte espiritual de Stavroguin. Su auténtica vida quedó en el pasado, antes del comienzo de la novela. Stavroguin se ha apagado, se ha agotado, ha muerto, y ahora al difunto le quitan la máscara. En la novela, en medio de la posesión demoníaca general, aparece solo esa máscara inerte, ominosa y enigmática. Stavroguin ya no está en *Los demonios*, y en *Los demonios* no hay nadie ni nada más que el propio Stavroguin. En ello reside el sentido de la tragedia simbólica de la novela. En *Los demonios* hay un doble sentido y un doble contenido. Por un lado, se trata de una novela con una fábula realista, unos personajes variopintos y una representación objetiva de la vida rusa. Lo que motivó su escritura fue el caso Necháiev. Por otro lado, tiene muchos defectos, muchas falsedades que la hacen parecer casi un pasquín. El movimiento revolucionario de los años 1860 no era tal como se lo presenta. También esta novela realista tiene defectos artísticos. Lo que Dostoievski vio sobre la revolución rusa y el revolucionario ruso, sobre las profundidades religiosas ocultas tras el aspecto externo del movimiento socio-político, era, más que una representación fidedigna de lo que ocurría, una profecía sobre lo que pasaría, sobre el curso que tomarían los acontecimientos en la vida rusa. Shátov, así como Kirílov con sus tormentos religiosos abismales y extremos, aparecieron en Rusia apenas en el siglo XX, cuando se puso de manifiesto la naturaleza no política de los revolucionarios rusos, para los cuales la revolución no es una construcción social, sino la salvación del mundo. Dostoievski anticipó a Nietzsche y mucho de lo que tan solo ahora se ha revelado. Pero no propongo examinar *Los demonios* desde este ángulo, que es el más claro. *Los demonios* son también una tragedia simbólica universal. Y en esa tragedia simbólica hay solo un

personaje: Nikolái Stavroguin y sus emanaciones. Quiero abordar la novela como la tragedia interior del espíritu de Stavroguin, ya que dicha tragedia no ha sido suficientemente esclarecida hasta el presente. En verdad, en *Los demonios* todo se reduce al destino de Stavroguin, a la historia del alma de un hombre, a sus interminables anhelos, creaciones y muerte. El tema de *Los demonios*, en tanto tragedia universal, es el de cómo una personalidad inmensa –el hombre Nikolái Stavroguin– ha quedado exhausta y agotada a causa de la caótica posesión demoníaca que se ha engendrado en ella y ha emanado de ella.

Encontramos a Nikolái Stavroguin cuando ya no le queda ninguna fuerza espiritual creadora. Ya no es capaz de nada. Toda su vida está en el pasado. Stavroguin es un creador, un hombre (casi) genial. En él han nacido las ideas más extremas y radicales: la idea del pueblo ruso portador de Dios, la idea del hombre-dios, la idea de la revolución social y del hormiguero humano. Grandes ideas emanaron de él, engendraron a otras personas, se convirtieron en otras personas. Del espíritu de Stavroguin salieron Shátov, Piotr Verjovenski, Kiríllov y todos los demás personajes de la novela. En el espíritu de Stavroguin nacieron y de él emanaron no solo los portadores de las ideas, sino también todos esos Lebiadkin, Liputin, toda la jerarquía inferior de *Los demonios*, espíritus elementales. Del erotismo del espíritu de Stavroguin nacieron también todas las mujeres de la novela. De él salen todas las líneas. Todos viven de aquello que alguna vez fue la vida interior de Stavroguin. Todos le están infinitamente obligados, todos sienten que provienen de él, todos esperan de él algo grande e inmenso, tanto en sus ideas como en su amor. Todos están enamorados de él, los hombres y las mujeres. Piotr Verjovenski y Shátov no menos que Liza y Jromonozhka; todos están fascinados con él; todos lo idolatran y al mismo tiempo lo odian, lo ofenden, no pueden perdonarle su aprensivo desdén por sus propias criaturas. Sus ideas y sentimientos se han separado de él y se han democratizado, vulgarizado. Sus propios sentimientos e ideas corrientes le provocan asco, aversión. Nikolái Stavroguin es ante todo un aristócrata, un aristócrata del espíritu y un noble ruso. El aristocratismo era ajeno a Dostoievski, y solo mediante su enamoramiento por Stavroguin concibió y reprodujo artísticamente ese espíritu. El mismo aristocratismo se repite en Versílov, que se parece a Stavroguin en muchos aspectos. El ilimitado aristocratismo de Stavroguin lo convierte en un hombre insociable, antisocial. Es extremadamente individualista; sus ideas universales no son más que la tragedia de su espíritu, su destino, su destino de hombre.

¿En qué consiste la tragedia de su espíritu? ¿En qué reside el misterio y el enigma de su personalidad excepcional? ¿Cómo entender su impotencia, su muerte? Stavroguin sigue siendo una contradicción insoluble y despierta sentimientos contradictorios. El único modo de resolver ese enigma es el mito de Stavroguin como una persona universal creadora que no ha creado nada, que se ha agotado y consumido en los «demonios» que han emanado de él. *Se trata de la tragedia universal del agotamiento a causa de la desmesura, de la tragedia de la necrosis y muerte del individuo por osar tener aspiraciones infinitas y desmedidas que no conocen límite, forma y elección.* «He puesto a prueba mis fuerzas en todas partes. [...] En esas pruebas para mí mismo y para los demás mis fuerzas resultaron ilimitadas, como antes a lo largo de toda mi vida. [...] Pero ¿en qué aplicar esas fuerzas? Eso es lo que nunca he encontrado y sigo sin encontrar. [...] Ahora, al igual que siempre, puedo desear hacer el bien y eso me da placer; a la vez deseo el mal y eso también me da placer. [...] He probado un gran libertinaje y eso me ha consumido las fuerzas; pero el libertinaje no me gusta y no es lo que deseaba. [...] Nunca puedo perder el juicio y nunca puedo creer en la idea tanto como él [Kiríllov]. Ni siquiera puedo ocuparme en una idea tanto como él». Así escribía Nikolái Stavroguin a Dasha acerca de sí mismo. Pero eso lo escribió cuando ya estaba completamente agotado, consumido, muerto, cuando había dejado de existir, cuando ya no deseaba ni anhelaba nada. Le fue concedido demostrar con su vida y con su muerte que desearlo todo sin elegir y sin ese límite que da forma a la persona es lo mismo que no desear nada, y que una fuerza inconmensurable que no encuentra aplicación es lo mismo que la impotencia absoluta.

A ese hombre creador y con deseos ilimitados no le ha sido dado crear nada, no le ha sido dado sencillamente vivir, seguir con vida. Sus desmesurados deseos lo llevaron a la falta de deseo; su ilimitada personalidad, a la pérdida de la personalidad; el desequilibrio de sus fuerzas, a la debilidad; la amorfa plenitud de vida, a la abulia y la muerte; el erotismo desenfrenado, a la incapacidad de amar. Stavroguin lo ha probado y experimentado todo, desde ideas grandes y extremas hasta un libertinaje y un cinismo también grandes y extremos. No podía desear con fuerza una cosa y entregarse a ella. Circulan oscuros rumores de que pertenecía a una sociedad secreta que corrompía a menores y que el marqués de Sade podría envidiarlo. El mediocre Shátov, que ha adoptado de una forma plebeya la gran idea de Stavroguin, le pregunta exaltado si eso es cierto, si un portador de una gran idea pudo realizar todo ello. Idolatra y odia a Stavroguin, quiere matarlo. Con la misma siniestra voluptuosidad de la desmesura, Stavroguin toma

de la nariz a una persona completamente inocente o le muerde la oreja. Busca lo extremo, lo desmedido tanto en el bien como en el mal. Lo divino, solo, le parecía demasiado poco; en todo necesitaba transgredir los límites y las fronteras en dirección a las tinieblas, al mal, a lo diabólico. No podía y no quería elegir entre Cristo y el anticristo, entre el Dios-hombre y el hombre-dios; afirmaba al Uno y al otro al mismo tiempo; lo quería todo, todo el bien y todo el mal; quería lo desmedido, lo ilimitado, lo infinito. Afirmar solamente el anticristo y abjurar de Cristo sería ya una elección, un límite, una frontera; en el espíritu de Stavroguin vivía también el conocimiento del Dios-hombre, así que, en la desmesura de sus anhelos, no quería renunciar a Cristo. Pero afirmar al mismo tiempo a Cristo y al anticristo significa perderlo todo, empobrecerse, no tener ya nada. La desmesura agota. Nikolái Stavroguin es una persona que ha perdido los límites y se ha perdido a sí misma en su desmesurada autoafirmación. Aun cuando pone a prueba su fuerza refrenándose a sí mismo, mediante un singular ascetismo (soportó la bofetada de Shátov, anunció su matrimonio con Jromonozhka, etc.), se agota, se consume en la desmesura de esa prueba. Su ascetismo no es la conformación, la cristalización de la personalidad; en ese ascetismo hay voluptuosidad. La depravación de Stavroguin es el pasaje de la personalidad más allá de los límites hacia la desmesura del no-ser. El ser no le basta; quiere también todo el no-ser; el polo negativo tanto como el polo positivo. La ominosa desmesura del no-ser es una invitación al libertinaje. En él, la fascinación por la muerte es tan fuerte y atractiva como la fascinación por la vida. Dostoievski entendió mejor que cualquier otro escritor la metafísica del libertinaje, la insondable profundidad de sus tinieblas. La depravación de Stavroguin, su siniestra voluptuosidad oculta bajo la máscara de impasibilidad, serenidad, frialdad, constituye un profundo problema metafísico. Es una de las formas en que se expresa la tragedia del agotamiento provocado por la desmesura. En esa depravación la fuerza se convierte en absoluta impotencia y lo orgiástico, en un frío glacial; en la voluptuosidad se consume y perece toda pasión. El erotismo ilimitado de Stavroguin se convirtió en un no-ser. Su reverso es la impotencia definitiva de los sentidos. Nikolái Stavroguin es el origen de muchas cosas, de diversas trayectorias vitales, de diversas ideas y fenómenos. Hasta el decadentismo ruso se origina en él. El decadentismo es el agotamiento de Stavroguin, su máscara. La personalidad de Stavroguin, inmensa y excepcionalmente dotada, no adquiere forma ni se cristaliza. Su única forma y cristalización es esa máscara ominosa y rígida, ese apolonismo espectral. Bajo esa máscara se esconden la desmesura y el desenfreno de pasiones y deseos agotados y apagados.

La tragedia de *Los demonios* es la tragedia de la obsesión, de la posesión demoníaca. En ella, Dostoievski revela la histeria metafísica del espíritu ruso. Todos están obsesionados, todos están poseídos, todos sufren espasmos y convulsiones. Solo Stavroguin escapa a ello: mantiene una serenidad ominosa, una frialdad mortal; ha quedado rígido, se ha calmado, callado. En eso radica toda la esencia de la novela: Stavroguin engendró ese furioso caos, arrojó desde sí todos los demonios y en la posesión que lo rodeaba vertió su vida interior; pero él está apagado, petrificado. La desmesura de sus deseos salió al exterior y engendró caos y posesión. Stavroguin no realizó ningún acto creador, no convirtió ninguno de sus anhelos en un acto creativo; no le fue concedido crear y realizar nada. Su personalidad se ha desencadenado, se ha dispersado y se ha agotado y consumido en la posesión demoníaca del caos, en la posesión demoníaca de las ideas, en la posesión demoníaca de las pasiones revolucionarias, eróticas y simplemente en la abominación humana. Una persona que no ha creado nada se ha perdido en los demonios que han emanado de ella. Solo un verdadero acto creativo conserva la personalidad, no la agota. Una emanación que se agota no crea nada y mata la personalidad. La tragedia de Stavroguin, en tanto tragedia universal, puede vincularse con los problemas de la creación y la emanación. Todos y todo en *Los demonios* es una emanación de Stavroguin, del caos interior provocado por su desmesura. En esa emanación, las fuerzas de Stavroguin se han consumido y se han vertido en todos y por doquier, en los hombres y en las mujeres, en las pasiones ideológicas, en la posesión demoníaca de la revolución, en la posesión demoníaca del amor y del odio. Del propio Stavroguin no ha quedado más que una máscara inerte. Esa máscara deambula en medio de la posesión demoníaca engendrada por una persona que alguna vez estuvo viva. ¡La máscara del muerto Stavroguin y la posesión demoníaca de las fuerzas agotadas que emanan de él! La transformación de Stavroguin en Piotr Verjovenski, en Shátov, en Kirílov, incluso en Liputin y Lebiadkin, así como la encarnación de sus sentimientos en Liza y en Jromonozhka constituyen en efecto el contenido de *Los demonios*. Stavroguin no puede unirse con nadie porque todo es fruto de él, su propio caos interior. No tiene su *otro*, su salida de sí mismo; todo lo que hay ha salido de él, no es más que una emanación que se agota. No ha conservado, no ha dado forma a su personalidad. La salida hacia un otro con que se establece una auténtica unión forja la personalidad, la fortalece. La imposibilidad de salir de sí mismo en el acto creativo del amor, del conocimiento o de la acción y el agotamiento en las emanaciones propias debilita la personalidad y la desintegra. El destino de Stavroguin es la disgregación de una personalidad grande y

creativa que, en lugar de crear una vida nueva y un ser nuevo, de salir creativamente de sí misma al mundo, se ha agotado en el caos, se ha perdido en la infinitud. La fuerza se ha convertido no en creación, sino en autodestrucción de la personalidad. Y allí donde una personalidad enorme ha muerto y consumido su fuerza, allí comienza la posesión demoníaca de las fuerzas emanadas de ella. Posesión en lugar de creación, he ahí el tema de *Los demonios*. Esa posesión tiene lugar sobre la tumba de Stavroguin. *Los demonios*, en tanto tragedia simbólica, no es sino la fenomenología del espíritu de Nikolái Stavroguin. En realidad, objetivamente, no hay en la novela nada ni nadie más que Stavroguin. Todo es él, todo gira alrededor de él. Es un sol que ha agotado su luz. Y alrededor de ese sol apagado que no emite ya ni luz ni calor giran todos los demonios. Y todos siguen esperando de ese sol luz y calor, le presentan desmedidas exigencias, tienden a él con infinito amor y odio, y se enfurecen cuando ven que su sol está frío y apagado. Solo Dasha no espera nada y acepta velar al enfermo y moribundo. La vida con Dasha, una vida pequeña, infinitamente pequeña, es aquello en lo que se ha convertido la agotada desmesura de los anhelos, desmesura que no conocía límites ni elecciones, la infinitud de los deseos. Stavroguin está condenado a Dasha. Y hay una profunda verdad, una profunda clarividencia en que Stavroguin solo pueda aspirar a la gris y prosaica Dasha, una mujer comedida y cuidadosa, y que solo busque tranquilidad junto a ella.

Son muy notables esas transiciones en las contradictorias valoraciones que hacen de Stavroguin todas las personas ligadas a él. Para todos, la imagen de Stavroguin se desdobra: para Jromonozhka, ora es un príncipe y un halcón, ora un mercader impostor que se avergüenza de ella; para Piotr Verjovenski, ora es un Iván Zarévich del que se contarán leyendas en el pueblo ruso como jefe de la revuelta, ora es un señorito depravado e impotente que no sirve para nada; para Shátov, ora es el gran representante de la idea del pueblo ruso portador de Dios y también está llamado a liderar un movimiento, ora es un señorito, un depravado, un traidor a la idea; el mismo trato ambiguo encontramos en Liza, que lo adora y lo odia. La nobleza de Stavroguin fascina a todos: el aristocratismo es muy seductor en la democracia, pero nadie puede perdonarle su nobleza. La nobleza es una cualidad metafísica de Stavroguin, es lo nouménico en él. Su trágico destino está ligado al hecho de que él está condenado a ser un señor y un aristócrata. Un señor y aristócrata es encantador cuando ingresa en la democracia, pero no puede hacer nada en ésta, no puede ser útil en absoluto, es incapaz de «actuar». El aristocratismo siempre quiere creación, no «acción». Solo un señor y un aristócrata podría ser un Iván Zarévich y hacer que el pueblo lo siga. Stavroguin no hará nunca eso, no querrá hacerlo y no tendrá

fuerzas para hacerlo. A él no lo cautiva ni lo inspira ninguna democratización de sus propias ideas; le da asco y aversión encontrarse con sus propias ideas en los demás, en el mundo objetivo y su movimiento. Ni siquiera desea la realización del propio amor, del propio sueño erótico; eso casi le repugna. Vivir con Dasha es mejor que vivir con Liza. Las grandes ideas y sueños salieron del señor y aristócrata Stavroguin no porque él hubiera realizado un acto creador, sino porque se agotó a causa de su caos interior. Las ideas y sueños que él engendró se personificaron y le exigieron que realizara y plasmara eso grandioso que había nacido en él y se llenan de odio e indignación cuando encuentran algo agotado, apagado, impotente, muerto. Stavroguin lo podría todo: podría ser un Iván Zarévich, el portador de la idea del mesianismo ruso, el hombre-dios que vence a la muerte, podría también amar a Liza con un amor bello y divino. Pero él no puede hacer nada, no tiene fuerzas para nada; la desmesura de las pasiones y de los anhelos lo ha consumido; su nouménica nobleza no le ha permitido realizar ese sacrificio después del cual comienza la auténtica creación. Permaneció en su interior y se perdió, no encontró a su otro y se deshizo en otros ajenos a él. Es impotente sobre los demonios y espíritus que emanaron de él, sean estos malos o buenos. No conoce conjuros. ¡Qué impotente es Stavroguin ante Jromonozhka, que resulta superior a él! Jromonozhka tiene profundos raptos de lucidez. Su conversación con Shátov sobre la Madre de Dios y la tierra pertenece, por su profundidad y celestial belleza, a las mejores páginas de la literatura universal. La impotencia de Stavroguin ante Jromonozhka es la impotencia de la nobleza nouménica ante la tierra rusa, tierra eternamente femenina que aguarda a su novio. La idea de la tierra rusa vivía en Stavroguin, pero él no pudo salir de sí mismo, unirse. También espera a su novio Liza, pero lo encuentra solo por una hora. La imagen del novio se desdobra. Stavroguin no es capaz de contraer matrimonio, de unirse, no puede fecundar la tierra. A su alcance solo tiene una vida tranquila y mortecina con Dasha en las deprimentes montañas de Suiza. Está condenado a ella, ese señor y aristócrata que nunca salió de sí mismo mediante el sacrificio; Dasha no exige ni espera nada de él, lo acepta ya apagado. Solo en presencia de Dasha puede hablar en voz alta de sí mismo. Ese es el terrible final de la desmesura en todo. Pero este final también resultó imposible. Stavroguin temía el suicidio, temía mostrar generosidad. Pero realizó un acto de generosidad y se ahorcó. Dostoievski nos mostró la misma nobleza nouménica en el personaje de Versílov, aunque se trata de una nobleza humanamente atenuada.

La tragedia de Stavroguin es la tragedia de un hombre y su creación, la tragedia de un hombre arrancado de sus raíces orgánicas, de un aristócrata arrancado de la democrática madre-tierra y que ha osado seguir sus propios caminos. La tragedia de Stavroguin plantea el problema de un hombre que se ha separado de la vida natural, de la vida tribal y de las tradiciones tribales y ha deseado intensamente una iniciativa creadora. Para Stavroguin, al igual que para Nietzsche, el camino de la creación fue un camino de apostasía, de asesinato de Dios. Nietzsche odiaba a Dios porque veía en él un obstáculo para la creación del hombre. Stavroguin, al igual que Nietzsche, carecía de una conciencia religiosa que le revelara la creación del hombre, el carácter divino de la creación humana. La vieja conciencia religiosa prohibía la iniciativa creadora. El camino a la revelación de la creación humana pasa por la muerte de Stavroguin y de Nietzsche. Dostoievski plantea un nuevo problema y a los tormentos de Stavroguin y Kirílov no se puede ofrecer la vieja respuesta. La tragedia de Stavroguin no se cura con las viejas recetas religiosas y Dostoievski sentía eso profundamente. Los sanos no pueden juzgar sobre las enfermedades que se le revelaron al espíritu de Dostoievski. Solo quienes se detienen no en el espíritu de Dostoievski y en sus geniales y verdaderamente nuevas clarividencias, sino apenas en la conciencia superficial y en el programa de *Diario de un escritor* pueden pensar que en él todo está bien desde el punto de vista religioso y que el apartamiento de la fe ortodoxa de sus personajes favoritos no es más que un pecado común y corriente y no una sed voraz de una nueva revelación, sed que devoraba al propio Dostoievski, *quien tenía, en el sentido más profundo, una relación antinómica con el mal*. El mal es el mal, debe ser vencido, debe arder. El mal debe ser experimentado y soportado; a través de él algo se revela; el mal también es un camino. La propia muerte de Stavroguin, al igual que toda muerte, no es definitiva ni eterna, sino apenas un camino. El problema de la creación humana no se ha resuelto y no podía resolverse en la vieja conciencia, de la que aún no ha salido Stavroguin. Donde no hay salida para la creación, comienza la depravación y la posesión demoníaca. En Dostoievski, el problema mismo de la depravación es incomparablemente más profundo que el problema del pecado. A través de la muerte algo se revela; se revela más que a través del bienestar religioso. Stavroguin no es solo un fenómeno negativo y su muerte no es definitiva. Tuvo su destino antes de *Los demonios* y también lo tendrá después. Tras la trágica muerte habrá un nuevo nacimiento, una resurrección. Y nuestro amor por Stavroguin ayuda a esa resurrección. El propio Dostoievski amaba demasiado a Stavroguin como para avenirse a su muerte. Él también elevaba plegarias por su resurrección, por su nuevo nacimiento. Para la conciencia

ortodoxa, Stavroguin ha muerto irremediablemente, está condenado a una muerte eterna. Pero esa no es la conciencia de Dostoievski, del auténtico Dostoievski, que ha tenido revelaciones. Nosotros también, junto con él, esperaremos el nuevo nacimiento de Nikolái Stavroguin, ese creador bello, fuerte, encantador y genial. Para nosotros es imposible una fe en la que no haya salvación para Stavroguin ni posibilidad de que sus fuerzas se conviertan en creación. Cristo vino a salvar todo el mundo, no a destruir a Stavroguin. Sin embargo, en la vieja conciencia cristiana aún no se ha revelado el sentido de su muerte como un momento del camino hacia una vida nueva. En esa muerte también hay un paso a través del Gólgota. Pero el Gólgota no es la última etapa del viaje. Solo en una nueva revelación se presenta la posibilidad de la resurrección de Stavroguin y el sentido sacrificial de la muerte de quien no puede realizar un sacrificio consciente. De nuevo se reunirá su personalidad agotada y desintegrada, a la que es difícil no odiar y es imposible no amar. La desmesura de los deseos y de los anhelos debe ser saciada y realizada en la inconmensurabilidad de la vida divina. La vida en el mundo ha matado todo lo inconmensurable². Lo inconmensurable aún no se ha realizado. Pero llegará el banquete mesiánico al que también será invitado Stavroguin y allí saciará su desmedida hambre y su desmedida sed.

Traducción y anotación de Alejandro Ariel González

² Los místicos alemanes conocían la auténtica inconmensurabilidad en la vida divina y lo inconmensurable se convirtió en lo supradivino. Angelus Silesius dice:

Ich werfe mich allein	Me arrojo en soledad
Ins ungeschaffne Meer der blossen Gottheit ein.	Al increado mar de la pura divinidad.

Y luego:

Ich muss noch über Gott in eine Wüste ziehen. / Debo ir más allá de Dios, a un desierto.

Y también:

Die Über-Gottheit ist mein Leben und mein Licht. / La Supra-Divinidad es mi vida y mi luz.